

acabarán de agotarla, se reducirá á la cifra que pueda subsistir. Ese día, hasta los economistas más recalitrantes, comprenderán los inconvenientes de un aumento excesivo de la población y la evidente superioridad real de los Estados poco poblados.

En el conflicto económico de las razas, cuyo comienzo entrevemos, la superioridad intelectual de Europa no es seguramente un factor despreciable. Pero no olvidemos que, en definitiva, esta superioridad existe en una escasa minoría y que desde el punto de vista del trabajo manual casi todos los pueblos son iguales, y los europeos no superiores á los chinos ni á los japoneses. Y prueba de ello es la necesidad en que se encuentran los americanos y los australianos de expulsarlos á causa de la temible competencia que hacen á sus obreros.

Si la lucha entre el Oriente y el Occidente, fuera una lucha entre las clases intelectuales de sus poblaciones, el resultado no sería dudoso. Pero se trata de una lucha económica entre las clases medias, casi iguales en su nivel intelectual, pero muy desiguales en sus necesidades. El resultado final será favorable, naturalmente, al que tenga menores necesidades.

Estas especulaciones sólo tienen un interés remoto. Los problemas de los momentos presentes son bastante graves para que podamos dejar á nuestros descendientes el estudio de los de lo futuro.

CAPÍTULO VII

Influencias psicológicas de la enseñanza universitaria.

Leibnitz decía que con la educación se puede transformar en cien años un pueblo. Podría haber añadido que con una educación mal adaptada, se deforma la mentalidad de un pueblo en mucho menos tiempo.

Los éxitos científicos, industriales y económicos de los alemanes, debidos á su enseñanza universitaria desde hace un siglo, han comprobado el aserto de Leibnitz.

La decadencia á que nos han conducido nuestros métodos clásicos, induce á pensar, igualmente, en la exactitud de lo que acabo de decir acerca de la educación mal adaptada á las necesidades de los pueblos. Triste sistema es el que crea un número inmenso de fracasados ó de rebeldes; el que fabrica tantos teorizantes charlatanes incapaces de ser utilizados en un laboratorio ó en una fábrica y aptos solamente para repetir las demostraciones de sus libros de texto.

El problema de la educación es, ante todo, un problema psicológico. Sin embargo, los principios fundamentales de nuestra educación clásica, desde la escuela primaria á la superior, se basan sobre una serie de enormes errores psicológicos. Todo

esto ha dado por resultado que nuestra Universidad haya llegado á ser una de las causas principales de la anarquía social que nos corroe y de la decadencia que nos amenaza.

..

Una tarde de invierno bastante oscura vi entrar en mi despacho á un anciano de fisonomía inteligente y ojos penetrantes. Llevaba en una mano mi libro *Psicología de la educación*, cuya novena edición acababa de publicarse, y sin otro preámbulo me dijo:

—Nuestro sistema de educación no puede durar. La Universidad conducirá á Francia al último grado de la decadencia. Soy senador, académico de ciencias y de medicina, ex profesor de la Facultad y poseo, por consiguiente, varias tribunas. Hay que llamar la atención sobre las ideas que exponéis, y para eso necesito vuestra ayuda, dándome datos é informes para un discurso documentado en el Senado.

Entonces no conocía yo personalmente á mi interlocutor; sabía solamente que cuando ejercía su profesión tenía fama de ser uno de los más hábiles cirujanos de su tiempo. Estas señas bastan para adivinar su nombre.

Varias veces me visitó el ilustre académico, y la conclusión de nuestras conversaciones fué que para cambiar nuestra enseñanza había que empezar por transformar el alma de los rectores de la Universidad, después la de los profesores y finalmente la de los padres y la de los alumnos. Ante esta evidencia, el eminente senador renunció á su discurso.

..

Pocas cuestiones han dado origen á tantos estudios como la de la educación. Nada demuestra mejor cuán tenaces son las ideas hereditarias de los pueblos y qué imperiosa tiranía ejerce el pasado sobre ellas.

El estudio del problema de la educación francesa conduce á estas dos afirmaciones: necesidad, universalmente reconocida, de una reforma, é imposibilidad completa de realizarla.

Los legisladores, los profesores, los sabios y los letrados unánimemente reconocen que nuestro sistema de educación es detestable, y repiten que el tiempo pasado en el liceo y en la escuela primaria es tiempo perdido. Nadie ignora que el hombre que quiera vencer en la vida debe rehacer por sí mismo toda su instrucción y consagrar la segunda parte de su existencia á destruir las ilusiones, los errores y la manera de pensar adquiridos en la primera.

La unanimidad es completa en estos puntos; pero, sin embargo, á pesar de todos los esfuerzos intentados diariamente, nuestro sistema de educación no ha realizado ningún progreso desde hace cincuenta años. Por el contrario, el resultado de las modificaciones ha sido acentuar sus defectos.

Es inútil tratar de patentizar las causas de esta singular impotencia. Una idea errónea constituye la base de todas las reformas ensayadas en vano. Rehacer los programas no es cambiar el error psicológico que los inspira.

El mal resultado de las variaciones de los programas universitarios demuestra que lo que hay que cambiar son los métodos de enseñanza y no los programas. Nuestros profesores nunca han podido llegar á esta convicción. No se dan cuenta que con los métodos mnemotécnicos y los razonamien-

tos teóricos abstractos, sin base concreta, el alumno no puede aprender á observar, reflexionar, razonar, juzgar y adquirir método.

Al lector que quiera estudiar la impotencia irreductible de nuestros universitarios, para apreciar las causas de la debilidad de nuestra educación, recomiendo la lectura de los dos discursos sobre la enseñanza pronunciados ante la Asociación francesa para el progreso de las ciencias por M. Lippmann, profesor de la Facultad de Ciencias de París, y M. Appel, rector de la misma facultad.

M. Lippmann empieza por probar—y en este punto está de acuerdo con todos sus colegas—que la enseñanza, en sus diversos grados, ha descendido en Francia á un nivel muy bajo y reconoce, al propio tiempo, la gran superioridad de la enseñanza en las universidades alemanas y su influencia mundial.

Impresionado por estos hechos, el distinguido físico reflexiona largamente sobre las causas y los remedios del mal.

Su laboriosa meditación no ha sido feliz, pues sus conclusiones prueban únicamente hasta qué punto son incapaces los grandes especialistas de observar y razonar, en cuanto se apartan de su especialidad. No iría muy lejos un país gobernado por un areópago de sabios, como ciertos filósofos cándidos lo han propuesto.

Si M. Lippmann no fuese un hombre serio y hablase ante personas serias, se creería que se burlaba del auditorio.

Lo que dice es, en efecto, muy singular. «Nuestra enseñanza es tan deplorable, porque viene de China y ha sido importada por los jesuitas.» En cuanto á su reforma, nada más fácil. Bastaría «libertar á las universidades del yugo del poder ejecutivo...»

y «retirarles la colación de los grados». ¡Qué aberración! ¡Cuando el yugo del poder ejecutivo se limita á firmar los diplomas que da la universidad! Hay que cerrar los ojos ante la evidencia para descubrir tales causas de una situación creada únicamente por nuestros métodos de enseñanza.

Las concepciones de M. Lippmann son, como se ve, de una puerilidad un tanto excesiva. El mismo calificativo merecen las expuestas por M. Appell en su discurso. Cada línea demuestra la incertidumbre del pensamiento, como se juzgará por el siguiente párrafo:

La administración ve el mal y busca activamente el remedio, que consistiría, sobre todo, en establecer relaciones íntimas entre las escuelas normales primarias y la enseñanza superior (!!).

Más adelante propone como una gran reforma la supresión de una parte de los cursos del Museo, y su transformación en «Instituto nacional de colecciones».

El autor ha acabado por sentir la debilidad de semejantes ideas. En un artículo reciente habla de este asunto y dice:

La primera reforma sería la clasificación de las materias del programa por su valor utilitario, y la segunda la aplicación de esta medida, tanto en la universidad activa como en su administración, suprimiendo esta cátedra y creando aquélla, reduciendo tal estudio ó aumentando tal otro.

Como se ve, ninguno de estos especialistas ha llegado á comprender que lo que hay que modificar no son los programas, sino los métodos de enseñanza. Proponer aumentar ó disminuir aquéllos, ó suprimir ciertas cátedras y fundar otras, representa

tan sólo una fraseología vana, sin ninguna idea directora que la sostenga.

En el mismo número de la revista en que aparece el artículo citado, se publicaba un trabajo de M. Le Chatelier, muy á propósito para hacer comprender á los numerosos universitarios que razonan como M. Appell, la diferencia que separa el hombre, cuya educación práctica ha sido formada por el raciocinio de aquel que se ha limitado á aprender de memoria manuales y teorías abstractas. El autor supone el caso, varias veces observado, de dos ingenieros encargados de instalar hornos Siemens de calor regenerado. En este caso es imposible utilizar las indicaciones de los libros, porque existen cientos de estos hornos, y nada serviría además conocerlos todos, pues la marcha de cada uno de ellos varía conforme á las innumerables calidades de carbones empleados. El hombre de los libros está irremisiblemente perdido; tanteará al azar, y después de haber hecho perder á la fábrica sumas considerables y un tiempo precioso, habrá que recurrir á un especialista. El ingeniero cuya educación no ha sido, como en Francia, basada únicamente en la memoria, y cuyo raciocinio científico se haya ejercitado sobre realidades, procede de manera diferente.

En una serie de observaciones se limitará á no variar á la vez más que una de las condiciones del experimento: un día el modo de soplar, otro la naturaleza del carbón ó la cantidad de agua enviada al cenicero. Estas tentativas periódicas le permitirán juzgar en cada caso los resultados de tal ó cual modificación, y le conducirán poco á poco á obtener una marcha normal de su gasógeno. El tiempo perdido será mínimo y el gasto insignificante.

Cada período de la historia de los pueblos reclama una educación distinta, porque el medio cambia y nacen nuevas necesidades. El error de la nuestra es no haber sabido evolucionar.

La educación francesa—escribía recientemente el ex ministro M. Hanotaux—es puramente de libro. Nuestros jóvenes permanecen hasta los veinticinco años en los bancos de las escuelas, desgastando sus pantalones y oscureciendo su inteligencia, terminando, á la postre, por no saber más que recitar lecciones verbales y formales que les hacen completamente ineptos para la vida. La existencia de nuestros intelectuales gira alrededor de un cúmulo de papelotes indiferentes ó de un retoque sempiterno de fórmulas ya gastadas. Esta ignorancia, este desdén por la realidad, esta falsa apreciación de los valores sociales es la base de nuestra educación moderna, que contamina á la mayoría de nuestras profesiones liberales.

Ocurre con frecuencia que de ciertos principios formulados en algunas líneas, se deducen consecuencias cuya exposición exigiría un libro. Los erróneos principios psicológicos que sirven de base á nuestra enseñanza superior (1) secundaria y pri-

(1) Estos mismos principios mnemotécnicos son la base de toda la enseñanza universitaria, desde la escuela primaria á la facultad de medicina. *Le Matin* del 18 de Marzo de 1910 ha publicado el manifiesto siguiente, firmado por gran número de médicos á propósito de un concurso de ingreso:

«Lo que pedimos, porque en ello está nuestro interés al mismo tiempo que el del público, es una enseñanza práctica y técnica. Cuando en nuestros diferentes Congresos médicos, en París y en Lille, solicitamos esta reforma, no se nos contestó. El examen de ingreso es eminentemente injusto, pues no se puede juzgar á un candidato por una composición escrita. Las pruebas de estos exámenes son teóricas solamente. Las pruebas prácticas, únicas que se debían tener en cuenta, no existen.»

maria han terminado por sentirse hasta en la enseñanza técnica, y están llamados á arruinar nuestra industria nacional.

..

Nuestra Universidad no ha dado nunca, ni se ha preocupado de dar, las cualidades de carácter que representan el verdadero valor del hombre en la vida. En efecto, estas cualidades son inútiles en el profesor ó en el burócrata, pero indispensables en todas las demás profesiones y oficios.

Los ingleses, al contrario, conceden á esas cualidades una gran importancia. Los hechos observados en sus colonias hubieran bastado para demostrarla. Los indios, dotados de una memoria prodigiosa, se distinguían en los exámenes, gracias á los cuales conseguían obtener los empleos superiores del gobierno de la India, y, sin embargo, después de repetidas experiencias, fué necesario prescindir de ellos paulatinamente por la manifiesta inferioridad de su carácter.

El siguiente párrafo del notable libro de M. Chailley, *L'Inde britannique*, permitirá apreciar la diferencia establecida por los ingleses entre la instrucción puramente intelectual y los caracteres:

Los indios no demuestran nunca más que talento y habilidad, mientras que los ingleses se preocupan sobre todo del carácter. Y ¿qué es el carácter? Es el valor moral del hombre: la sangre fría cuando se trata de decidir y la rapidez cuando hay que obrar; la conciencia para afrontar lo que se intenta y la energía para resistir á la amenaza. Es el sentimiento del deber hacia el país y hacia sí mismo. Los ingleses aprecian sólo en su justa medida la inteligencia que se manifiesta en brillantes concursos, en discursos

elocuentes ó en ingeniosos escritos, pues éstos son para ellos méritos de segundo orden.

Lord Lawrence no era el hombre público de más talento ó habilidad de su tiempo, y, sin embargo, se le escogió entre todos para virrey, porque poseía en alto grado los dones incomparables de la probidad y de la voluntad.

¿Cómo se cultivan estas cualidades de carácter, de las cuales son las más útiles el dominio de sí mismo y la disciplina? No volveré á examinarlo aquí, puesto que ya lo he hecho en otra parte (1).

..

Si el lector quisiera conocer, en vista de los tristes procedimientos mnemotécnicos y de los razonamientos vacíos de nuestra Universidad, los métodos que fijan definitivamente las cosas en el espíritu, le

(1) Los siguientes párrafos de una carta que he recibido del capitán de Estado Mayor M. C..., del 21.º de dragones, resumen perfectamente los principios expuestos y que pueden aplicarse, lo mismo á los alumnos de una clase, que á los reclutas:

«Permitid á un oficial, ferviente entusiasta de su oficio, decirle lo mucho que le ha llamado la atención la seguridad con la que habéis tratado las cosas referentes al ejército. Impóngase ante todo á los hombres una firme disciplina externa y la disciplina interna vendrá luego por asociación de reflejos. Entonces será cosa de juego hacerse respetar y querer, y por poco prestigio personal ó bondad que se tenga, se verá surgir á su alrededor incalculables sacrificios. ¡Cuántos jefes, desgraciadamente, se niegan á oír estas verdades tan evidentes!»

El autor olvida añadir que muchos oficiales jóvenes, influidos por las ideas socialistas en boga, han llegado á la teoría de la disciplina razonada y voluntaria. Discuten con sus subordinados, disertan, explican, etc. Por ahí se puede terminar, pero comenzar de ese modo, es dar pruebas de gran ignorancia psicológica é impedir para siempre la existencia de una disciplina.

invitaría á que visitase los establecimientos docentes de Alemania. Pero volvería muy humillado de su viaje. Le aconsejaré, pues, solamente la lectura del libro de Buyse sobre los sistemas americanos de educación, obra á la que la Real Academia belga ha concedido una de sus más altas recompensas. He aquí un pequeño resumen hecho por el profesor Jacquemin:

Toda la educación y toda la instrucción americana se fundan en el esfuerzo personal; el sistema aplicado desde el primer curso de la escuela primaria se va agrandando con la edad, siendo siempre la base los ejercicios prácticos, aun cuando se trate de literatura, que viene á ser un trabajo de laboratorio, puesto que se asocia íntimamente con el dibujo y el modelado. ¡Nada de enseñanza por la palabra del maestro! Se hace trabajar á los niños como si estuviesen solos en el mundo, con toda libertad; del mismo modo que en las ciencias puras y aplicadas, el alumno arranca á los aparatos y al material de experimentación el secreto de los fenómenos y de las leyes que los rigen, y lo mismo sucede con todas las ramas de la enseñanza, hasta las más abstractas, las cuales son presentadas en formas concretas que necesitan para ser asimiladas tanto la habilidad de las manos como la viveza de la inteligencia.

... Cualquiera que sea el sistema pedagógico, siempre se halla el trabajo manual como base, como el fondo verdadero del estudio; este principio del trabajo manual, base de la educación, ha entrado en las escuelas americanas como consecuencia de las teorías fröbeliana y técnica.

Los mismos principios se aplican en Inglaterra. Las siguientes líneas son de una circular dirigida á los profesores por el Scotch Education Department:

El conocimiento de cierto número de hechos no es el objeto primordial de la enseñanza, la cual debe tender principalmente á implantar en el espíritu del niño la costumbre de la investigación exacta, método que puede llegar á ser un medio de disciplina mental de primer orden.

De esto se deduce que lo esencial del trabajo es el estudio por cada alumno, individualmente y por sí mismo, de un problema definido en el laboratorio; y que las demostraciones del profesor deben ocupar un lugar secundario. El trabajo en el laboratorio puede estar precedido por las explicaciones necesarias para hacer comprender á los alumnos la cuestión que hay que estudiar, y debe ser seguido de la comparación de los resultados obtenidos, la discusión de los divergencias y el establecimiento de las conclusiones generales. La demostración del profesor debe servir para confirmar estas conclusiones ó ilustrar su alcance. La misión del maestro es guiar y dirigir, despertar el interés y sugerir nuevos problemas, *pero no ha de limitarse nunca á exponer resultados concluyentes.*

••

Estos métodos no constituyen una novedad. Se emplean en todas partes, excepto en los países latinos, y han contribuído poderosamente á la prosperidad científica y económica de Alemania. No los adoptamos nosotros porque sería necesario, como he dicho antes, transformar el alma de los profesores, la de los alumnos y la de sus padres.

Pero lo que hay que modificar, sobre todo, es el alma de los profesores. Educados por medios mnemotécnicos, ¿cómo van á enseñar otros? Todas las tentativas dirigidas en este sentido han fracasado miserablemente. La mentalidad de los profesores, creada por la enseñanza mnemotécnica clásica, está petrificada para siempre. Formados por los libros,

guiados por los libros, morirán con los libros. El mundo real continuará cerrado para ellos.

¿Por qué, después de haber cambiado la mentalidad de los profesores, habría que cambiar también la de los padres y la de los alumnos? Pues, sencillamente, porque unos y otros no piden á la Universidad sino una cosa: que los alumnos aprueben los exámenes. Ahora bien, para conseguirlo el método más seguro es indudablemente aprender de memoria una serie de manuales, los cuales dan unos conocimientos muy efímeros, pero suficientes para la prueba de examen. Los escasos profesores partidarios del método experimental, único capaz de formar el espíritu, pero inútil para el examen, serían pronto eliminados por los directores de la Universidad. Los que han intentado este sistema han sido muy mal vistos. Se les objeta que el tiempo consagrado por el alumno á observar, estaría mejor empleado en aprender de memoria los libros para recitarlos al pie de la letra el día del examen. Los padres son de la misma opinión.

Además, el fin de la Universidad, y del que se envanece, no es tanto el de formar hombres útiles como el de enseñarles un buen lenguaje. M. Doumic, al hablar en su discurso de recepción en la Academia de «la formación universitaria», dice lo siguiente:

Sabemos muy bien en lo que consiste y cuál es su fin: modela, por la disciplina de la antigüedad, letras sensibles al mérito de la composición y al valor artístico de las obras clásicas, y que son á su vez capaces de ordenar las ideas con método y traducirlas en un lenguaje irreprochable. Mucho se ha murmurado y se murmura de esta clase de cultura; pero, sin embargo, no se ha conseguido inventar otra.

En efecto, en Francia no se ha conseguido, y eso es lo que constituye precisamente la incurable debilidad de nuestra Universidad, pero el lector de este capítulo sabe que se ha conseguido en otras partes.

Modestos profesores tienen á veces sobre los sistemas de educación ideas más exactas que los académicos, como se podrá juzgar por el párrafo siguiente de un manifiesto reciente de *L'Amicale des instituteurs du Marne*:

Enseñar no es mostrar, sino aprender á ver; no es revelar, es sugerir; no es conducir, es orientar; es algo más que instruir, es hacer á uno apto para observar, pensar y determinar por sí mismo; es decir, obrar.

..

Causa frecuente extrañeza ver que el socialismo más revolucionario recluta sus adeptos entre los profesores, desde el primario hasta el normal. *L'Opinion* ha publicado el resultado de una información que demuestra que gran número de alumnos de la Escuela normal superior pertenecen á grupos socialistas extremos, es decir, que aspiran á la destrucción completa del estado actual.

Esta mentalidad no tiene nada de extraña en vista de las ideas inculcadas por la Universidad, que establece como dogma indiscutible que el mérito de los hombres se mide únicamente por sus diplomas. El grado inferior es el bachiller, un poco más elevado el licenciado, más aún el doctor, y por encima de todos el agregado. El profesor que posee esos títulos se cree de una naturaleza especial y observando que, á pesar de esta supuesta superioridad,

dad, goza en la vida de una consideración muy limitada y de sueldos bastante modestos, se impone á su espíritu la necesidad de construir una sociedad nueva, capaz de darle el lugar debido á sus méritos.

Un examen más atento de las cosas le enseñaría que en el mundo los hombres se clasifican según méritos, en los que no entra la memoria, única facultad necesaria para la obtención de diplomas.

Los hechos no modifican en lo más mínimo la mentalidad de nuestros profesores, los cuales no ven en ellos más que injusticias, y odian cada vez más á la sociedad, de la que se creen víctimas. El socialismo revolucionario de los intelectuales es, en realidad, un producto universitario.

Su odio, ya grande, contra el estado actual, ha llegado á ser feroz desde que una nueva ley les obliga al servicio militar á las órdenes de cabos, generalmente poco ilustrados y á veces bastante rudos. Una sociedad en la que el licenciado y el doctor pueden ser mandados por ignorantes está ciertamente mal organizada y es necesario rehacerla de nuevo.

Este paso de los intelectuales por el cuartel es igualmente una de las causas más eficaces del antipatriotismo y del antimilitarismo que predomina entre aquéllos. De las capas superiores de la Universidad estos sentimientos han descendido hasta á los maestros, entre los cuales se han desarrollado rápidamente.

El maestro—escribe Paul Adam—sufre de tal modo en el cuartel, que se convierte en un antimilitarista furibundo. Es demasiado simplista para comprender el temible peligro de una propaganda de desarme, precisamente en los momentos en que la barbarie de los pangermanistas aumenta sin cesar el presupuesto de la ofensiva alemana

y refuerza sus medios de lanzar bruscamente sobre nuestra frontera innumerables ejércitos. El maestro entrega la nación atada de pies y manos á sus enemigos.

De este modo, los profesores de todas clases se vuelven cada vez más hacia las doctrinas anarquistas. En medio del abandono general, los ministros no se atreven á contener esta temible corriente que una voluntad fuerte hubiera podido contener. Aquel maestro que intentó un proceso contra el ministro de Instrucción pública—simple servidor de la democracia, de la cual él, el maestro, era profesor,—porque, por estar hablando con un embajador, le hizo esperar un cuarto de hora, es un símbolo. ¡Qué hipertrofia de la vanidad igualitaria! ¡Á qué extremo han conducido á estos espíritus mal desbastados las ilusiones universitarias!

No critiquemos demasiado, sin embargo, á estos maestros, pues no son más que lo que la enseñanza superior ha hecho de ellos. Los libros de texto, que son sus Evangelios, están redactados generalmente por profesores de la Universidad, entre los cuales figuran académicos y profesores de la Sorbona. Desgraciadamente, muchos de estos libros no son recomendables. Maravilla hallar en ellos tantas pruebas de una mentalidad de fanáticos. Los periódicos menos sospechosos de clericalismo han hecho notar recientemente las jesuíticas interpretaciones de la Historia contenidas en uno de esos libros redactado por uno de los más conocidos profesores de la Sorbona. Hay que remontarse á la época de la Inquisición para encontrar tan furibundos fanáticos. Si estas fastidiosas lucubraciones no fueran tan aburridas, influirían muy peligrosamente sobre la imaginación de los niños y formarían una generación de antipatriotas y de rebeldes.

Es un espectáculo desolador ver profesores de la Sorbona, académicos, etc., obligados, para agradecer á los directores de la Universidad, á interpretar los hechos históricos conforme á las ideas del presente. Algunos llevan su miedo hasta el extremo de no atreverse á pronunciar el nombre de Dios en sus manuales, no dudando para ello en desfigurar hasta las fábulas de La Fontaine. Conocida es la historia del pececillo:

Petit poisson deviendra grand
pourvu que Dieu lui prête vie.

Los autores de los nuevos manuales escriben con toda seriedad:

Petit poisson deviendra grand
pourvu qu'on lui prête la vie.

¡He ahí á qué tonterías se llega para halagar á los jefes y obtener suscripciones!

Causa tristeza ver á hombres eminentes, como M. Lavissee, miembro del Instituto, prestarse á estos arreglos. Se ha observado que en la última edición de su manual sobre la historia de Francia no se atreve á hablar de Santa Genoveva y tacha, en una frase en que se explicaba el genio de un gran hombre, la palabra Dios. ¡La inquisición clerical no era seguramente tan severa como la inquisición librepensadora!

* *

El libro en que expuse los principios psicológicos que debían ser la base de la educación tuvo muchos lectores, á juzgar por sus numerosas ediciones. Sin embargo, su influencia sobre los uni-

versitarios ha sido muy pequeña. Limitados á rigurosos programas, los profesores no pueden enseñar más que las materias del programa, y las enseñan necesariamente con los mismos métodos que sirvieron á su propia instrucción.

Esto no obstante, mis ensayos han hallado eco en la escuela destinada á formar nuestros futuros generales. Hablo de la escuela de guerra, ajena completamente á la influencia de la universidad. Ilustres maestros, tales como el general Bonnal y el coronel Maud'huy y algunos otros, inculcan á los oficiales los principios fundamentales de la *Psychologie de l'éducation*. Entre esos principios el más importante es aquel que titulé *La educación es el arte de hacer pasar lo consciente en lo inconsciente*. Como dije en otro capítulo, el comandante Gaucher ha publicado, bajo el título *Etude sur la Psychologie de la troupe et du commandement*, un libro destinado á los oficiales, y basado sobre los métodos de educación que he dado á conocer. Este resultado inesperado prueba que no se debe dudar nunca en decir lo que se deba, aunque se esté solo para decirlo (1).

* *

Gran número de enseñanzas se desprende de la historia de las tentativas infructuosas llevadas á cabo para modificar nuestro sistema de educación.

(1) Hay que reconocer que, si las ideas expuestas en mi libro tuvieron poco éxito en Francia, lo han tenido mucho en el extranjero. El gran duque Constantino Constantinovitch, presidente de la Academia de Ciencias y director de las escuelas militares de Rusia, lo ha hecho traducir al ruso para que sirva de texto en las escuelas que dirige.

Si los legisladores basaran alguna vez en la experiencia, y no en intereses inmediatos, sus móviles de acción, hallarían en esto una prueba palmaria de la inutilidad de las constantes reformas, sin comprender que el alma de los pueblos no se reforma con leyes. Las leyes, repito una vez más, son eficaces cuando expresan la mentalidad de un país, pero no la crean jamás.

Harán falta sin duda muchos reveses económicos, muchos trastornos, para grabar en nuestros espíritus la siguiente noción fundamental: que la ciencia y la industria han conducido el mundo á una fase de evolución en la cual ciertas facultades tienen un papel preponderante en la vida de los pueblos. Los futuros dueños de la ciencia, la industria y el comercio serán hombres que posean iniciativa, espíritu de observación, voluntad, raciocinio y dominio de sí mismos. Estas son las cualidades que nuestros métodos oficiales no han tratado nunca de inculcarlos.

El presidente de la información parlamentaria sobre educación, M. Ribot, ha llegado á la conclusión de que nuestra enseñanza es responsable, en gran parte, de los males que aquejan á la sociedad francesa contemporánea. Yo no dudo en decir, después de haber estudiado la cuestión, que nuestra universidad es una de las calamidades de Francia.

LIBRO III

EL GOBIERNO POPULAR

CAPÍTULO PRIMERO

La intelectualidad y la multitud.

El mundo moderno se halla en presencia de un problema que ha crecido lentamente á través de los siglos, y que habrá que resolver so pena de que ciertos pueblos caigan en la barbarie.

Una de las características más ciertas, aunque muy desconocida de la sociedad actual, es la diferenciación progresiva de las inteligencias y, por consiguiente, de la posición social.

Á pesar de todas las teorías igualitarias y de las vanas tentativas de los códigos, esta diferenciación intelectual se acentúa de día en día, por obedecer á necesidades naturales enteramente ajenas á la influencia de las leyes.

Los progresos de la técnica han llegado á ser los verdaderos motores de la civilización moderna. Por su complejidad progresiva, esta técnica ha terminado por exigir conocimientos teóricos y prácticos tan vastos, iniciativas tan audaces y juicios tan complejos y certeros, que solamente los espíritus superiores pueden realizar una tal obra. Ahora